

# **Vida**

Biografía y antología  
de José Hierro

# Vida

## Biografía y antología de José Hierro

Antología a cargo de Lorenzo Oliván  
y textos de Jesús Marchamalo



■ Nørdicalibros

Con la colaboración de



© De los manuscritos, dibujos, fotografías y documentos de José Hierro: FCPJH, Colección Personal José Hierro/Biblioteca Regional de Madrid Joaquín Leguina.

© De la biografía: Jesús Marchamalo

© De la antología: Lorenzo Oliván

© De las fotografías de cubierta, sección Antología y pg. 29:

José María Sánchez Bustos. UIMP

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Doctor Blanco Soler, 26

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-19320-63-6

IBIC: BGL

Thema: DNBL

Depósito Legal: M-26449-2022

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño y maquetación: Tono Cristòfol

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

## **Biografía 7**

Del Madrid castizo	9
Santander y el mar	13
<i>Su amigo Hidalgo</i>	15
La guerra que todo lo trastocó	17
<i>Trébol</i>	20
Un acordeón en Valencia	22
<i>Desafío en Valencia</i>	27
Dibujar servilletas	28
<i>Servilletas lavadas</i>	31
Una boda en bicicleta	35
Y Madrid, otra vez	38
<i>El Minifundio</i>	42
Escribir en los bares	44
<i>Poesía en la radio</i>	48
Nayagua	49
<i>Un bosque de cipreses</i>	54
Cigarritos y hiedra	56
Libros y honores	62
Hierro en Nueva York	66
El sillón G...	72
... Y el mar	81

# Antología 83

## Tierra sin nosotros (1947) 85

Vino (87) Despedida del mar (88) Así era (90) Destino alegre (91) Falsos semidioses (92) Llegada al mar (94)

## Alegría (1947) 97

[Llegué por el dolor a la alegría] (99) Alucinación (100) Después de la lluvia de otoño (101) El muerto (102) [Por qué te olvidas y por qué te alejas] (104) [Se me fueron haciendo] (105) Madrugada con niebla (106) Paseo (107) Razón (108) Alegría (109) El indiferente (110) Fe de vida (111)

## Con las piedras con el viento (1950) 113

[Con las piedras, con el viento] (115) [No quiero que desgranen...] (116) [Ahora ya es tarde] (117) [«En cuerpo y alma»] (120) [Apagamos las manos] (121)

## Quinta del 42 (1953) 123

El libro (125) Para un esteta (126) Una tarde cualquiera (128) Reportaje (132) Epitafio para la tumba de un poeta (136) Junto al mar (137) Segovia (138) Retorno (140) [No cantaré ya nunca más] (141) Acordes a T. L. de Victoria (143)

## Cuanto sé de mí (1957) 145

Nombrar precedero (147) Mambo (149) Réquiem (152) Lo efímero (154) Marina de diciembre (155) El enemigo (156) Pensamiento de amor (157) Criaturas de la sombra (158) Vuelta (159)

## Libro de las alucinaciones (1964) 161

Teoría y alucinación de Dublín (163) Mundo de piedra (166) Canción del ensimismado en el puente de Brooklyn (168) Inauguración de monumento (170) Los andaluces (172) La fuente de Carmen Amaya (175) Cestillo de flores (178) El héroe (179) Carretera (183) Mis hijos me traen flores de plástico (185) Acelerando (188) Historia para muchachos (190)

## Agenda (1991) 197

Prólogo con libélulas y gusanos de seda (199) Una nube para Pablo Iglesias (202) Verdi 1874 (206) Don Antonio Machado tacha en su agenda un número de teléfono (207) Lope. La noche. Marta (209) La casa (212)

## Cuaderno de Nueva York (1998) 215

El laúd (217) Beethoven ante el televisor (221) Baile a bordo (223) La ventana indiscreta (226) Ezra Pound (230) Apunte de paisaje (234) Los claustros (235) Lear King en los claustros (236) Oración en Columbia University (240) En son de despedida (244) Vida (246)

# *Biografía*

Por Jesús Marchamalo



## Del Madrid castizo

Le recuerdan quienes le conocieron caminando deprisa, enérgico, apurado, con una premura que resultaba a veces impostada. Iba y venía, eléctrico, nervioso: hacía muebles, pintaba, cocinaba... Lo mismo escuchaba a Schubert que paseaba, aéreo, por el campo, o recitaba a Lope y a Machado. ¿A dónde corres, Hierro?, le preguntaban, sonriendo, sus amigos. Imponía, es cierto, esa presencia suya, hierática y fibrosa, su aspecto de viejo boxeador, de caudillo otomano, de forzudo de circo: la calva rojiza, puntiaguda, el bigote poblado, los ojos vivarachos y unos rasgos —la nariz, la barbilla, pronunciadas ojeras— parecería tallados en madera.

Prevalecía en todo caso un aire sencillo, afable, maneras campechanas, toscas en ocasiones —ese refugio inconfesado de la timidez—, que ocultaba un íntimo refinamiento. Unas manos poderosas, de gestos expresivos, y una voz de locutor de radio, mullida y modulada y que podía ser también atornadora.

Se llamaba José Hierro Real y había nacido en 1922 en el Madrid castizo de la calle Andrés Borrego, en la casa de su abuela paterna. Una calle a espaldas de la Gran Vía, estrecha, que comunica la calle de la Luna y la del Pez en ese barrio popular, ruidoso y concurrido, de fruterías, obradores de pan y pequeños talleres, carros de mano, cestos y bicicletas.

Hay una foto suya, de niño, en la que le da la mano a su abuela, Isabel Jimeno Polo, recién peinado con una raya al lado, pantalón corto y un abrigo que parece un disfraz. Y otra, probablemente de la misma sesión, con sombrero de lazo del que escapa, travieso, un rizo, en la que está sentado en una mesa junto a un peluche de color oscuro —un oso, un perro...—, en lo que podría ser el estudio del fotógrafo.

Un niño de carita redonda, rasgos dulces, ojos despiertos, pelo lacio y sonrisa complaciente.

El pequeño Pepín, le llamaban, que con apenas dos años se fue a vivir a Santander: su padre, Joaquín Hierro, era empleado de Telégrafos y la familia se trasladó al norte, a la ciudad de su madre, llevados por un cambio de destino. Allí, Hierro descubrió el mar, y el «divino gris» de la bahía, tan importante en su vida y en su obra. Ese mar que puede ser remanso soleado, de un infinito azul, pero que se convierte súbitamente en espuma, agitación feroz, mar picado que golpea en la escollera. Y allí, junto a las grúas del muelle, en Puerto Chico, situaba uno de sus primeros recuerdos que plasmó muchos años más tarde en un poema, *Historia para muchachos*, del *Libro de las alucinaciones*. Son los últimos versos:

[...] un hombre esbelto,  
con su cadena de oro en el chaleco.  
Habla con alguien. Detrás de él, un fondo  
de grúas en el puerto. Y hay un niño  
que soy yo. Él es mi padre.  
«El niño tiene cuatro años»,  
acaba de decir.

*Hierro, de niño, arriba, con su abuela Isabel,  
y abajo, con su perra Nelly.*





Sr Don  
José Hiena  
Pargas P. 9  
Santander



## Santander y el mar

En Santander nació su hermana Isabel y la familia se trasladó varias veces de domicilio: de la calle Carvajal al Sardinero, cerca de La Cañía, después a la cuesta de la Atalaya y, finalmente, a la calle Vargas.

A los seis años, el pequeño Pepín se matriculó en el Colegio de los Salesianos. Era, cuentan de él, un niño tímido, reservado y de pocos amigos, pero también alegre y vivaz: le gustaba ir a la playa, nadar, y salir de acampada con los *scouts*. En una de ellas, en Suances, ganó el premio a la mejor paella y siempre presumió de ser un paellero consumado.

De esa época mencionan las biografías su temprana afición por el dibujo, la música y el teatro. Su padre pertenecía a la Asociación de Amigos del Arte, y Hierro empezó a colaborar con el grupo Fábula —el «chico», o «el chino» le llamaban por sus rasgos de vago aire oriental— donde hacía de apuntador y representaba pequeños papeles. También empezó a dar clases de francés en el Ateneo Popular, donde recibió su primer premio literario en un concurso: un libro de Gabriel Miró, *Años y leguas*, que obtuvo por un relato titulado «La leyenda del almendro». Un cuento «cursi», reconoció años más tarde «y afectado de estilo», tan engolado y rebuscado, tan poco infantil que el jurado no acabó de creerse que lo hubiera escrito sin ayuda un chico de apenas catorce años.

En esa época había empezado ya a leer a Darío, a Villaespesa, *El Alcázar de las perlas* y, sobre todo, a Gerardo Diego —uno de sus maestros admirados, de quien le deslumbró *Versos humanos* y después su *Poesía española contemporánea*—, y a Juan

*Hierro en la playa con amigos, acariciando un perro. Y sobre con su dirección en la calle Vargas de Santander.*

Ramón Jiménez, con quien, años más tarde, mantendría una fraterna relación epistolar.

Leyó también a Barrie, *Peter Pan*, y más tarde a Dostoievski y a Dickens, y empezó a escribir versos y a publicarlos: en enero de 1937 un poema, «Una bala le ha matado», en la revista de la CNT de Gijón bajo el epígrafe de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios, (Santander). Unos meses más tarde publicó otro en *El diario montañés*, «Lejos del río», y en *El Cantábrico* un soneto dedicado al general Miaja. En estos últimos substituyó —por timidez, apuro— su primer apellido por la inicial, de modo que los firmó como José H. Real, lo que probablemente, sin pretenderlo, pudo acabar salvándole la vida.

En 1935, con trece años, decidió interrumpir sus estudios en los Salesianos y con la oposición de su familia, que prefería que continuara cursando el bachillerato, se matriculó en la Escuela de Industrias en la especialidad de Peritaje Electromecánico, estudios que se vio obligado a abandonar porque en julio del 36, con catorce años casi recién cumplidos, estalló la guerra.



## ***Su amigo Hidalgo***

En 1935 José Hierro y el poeta José Luis Hidalgo se conocieron y casi de inmediato se hicieron amigos inseparables, y juntos empezaron a escribir y a publicar sus primeros poemas.

En marzo de 1938 se celebró en Santander, en el Cinema Soldado, un concierto de piano en el que Gerardo Diego ejerció de presentador. Ambos fueron a verle, le hablaron de sus escritos, y él les citó unas semanas más tarde en su domicilio.

Hierro –Hidalgo estaba ya movilizado– acudió a la cita y le llevó un regalo: un cuadernillo de poemas manuscritos suyos y de Hidalgo, también pintor y dibujante, que los había ilustrado.

Por un malentendido, Gerardo Diego –pensó que se trataba de un préstamo– le devolvió pocas semanas después el cuadernillo cuando Hierro fue a visitarle para recabar su opinión. Y Hierro, apenas un muchacho todavía, tampoco se atrevió a decirle que se trataba de un regalo y aceptó, tímido y azorado, que se lo devolviera. El cuaderno, finalmente, se extravió.

C A M A R A D A E N E M I G O

=====  
X

Arrastra su voz el río  
por el llano sin relieve.  
Gotas heladas de plomo  
me humedecían la frente.  
Yo quería hablar contigo  
camarada, quise verte,  
pero, tinieblas y noche  
ambición de gentes débiles,  
separaron mis verdades de las tuyas.  
!Camarada! !No pude conocerte!

Quizá con los ojos fríos  
me levante para verte.  
Quizá me convierta en árbol,  
en espigas o en laureles.  
!Mírame! Se fué la tarde  
mucho después de mi muerte.  
Negros borrachos de miedo  
se revuelcan en el césped.....  
La noche viene arrastrando  
su media manzana verde.....

hierro

1 de junio del 37

*Macriera*

## La guerra que todo lo trastocó

El 18 de julio de 1936 se recibió en Santander un telegrama en el que, desde el cuartel general franquista, se ordenaba al coronel Pérez García-Argüelles, gobernador militar de la ciudad, la sublevación de las tropas acuarteladas bajo sus órdenes. Joaquín Hierro, afiliado a Izquierda Republicana, interceptó la comunicación en la oficina de Telégrafos e informó del contenido a sus superiores, de modo que las autoridades republicanas pudieron poner sobre aviso a mandos leales y evitar que el golpe fuera secundado en las guarniciones militares. Por estos hechos, cuando las tropas nacionales entraron en la ciudad en agosto de 1937 —los requetés de la IV Brigada de Navarra, y los italianos de la División Litorio, con sus tanquetas de hoja-lata y sus sombreros con plumas de urogallo— el padre de José Hierro fue detenido, acusado de auxilio a la rebelión, juzgado y condenado. Permaneció en prisión algo más de cuatro años, y fue liberado, enfermo, en 1941.

Días antes de la caída de la ciudad, su familia había intentado salir desde Puerto Chico en alguno de los barcos que, atestados, salían hacia Asturias, todavía en poder de la República, pero no fue posible. El joven Hierro llevaba con él un libro de Gabriel Miró cuyo título, *Figuras de la Pasión del Señor*, resultaría fatalmente profético.

La detención de Joaquín Hierro dejó en una situación económicamente delicada a su familia que debió vender muebles y joyas; una leontina, una moneda de oro —incluso la enciclopedia Espasa—, y alquilar habitaciones de la casa para poder subsistir. El joven Hierro tuvo también que ponerse a trabajar y lo hizo como peón cilindrador en la fábrica Nogués de botas de goma.

La situación se complicó el 3 de septiembre de 1939 con su propia detención, acusado de formar parte de una asociación clandestina de ayuda y socorro a los presos.

Condenado a doce años y un día de reclusión, fue obligado a mentir sobre su edad —debió firmar que había cumplido los dieciocho— para poder ser legalmente encarcelado. Ingresó en la Prisión Provincial de Santander, en la calle Alta, desde donde inició un largo calvario de traslados a diversas cárceles franquistas, siempre las más duras —Comendadoras, en Madrid, Torrijos y Porlier, Palencia, de nuevo Santander...— donde, a diario, sobre todo en los primeros meses, asistió a las sacas en las que llevaban a fusilar a algunos de los reclusos con los que compartía galería: el Gallo, José el del economato, el joven Astobiza... Hierro, contaban sus compañeros, les recitaba de memoria versos de Juan Ramón, de Alberti y de Miguel Hernández, mientras les insistía, susurrando:

Desde esta cárcel podría verse el mar.

El 1 de enero de 1944, fue puesto en libertad en Alcalá de Henares, en cuya cárcel había pasado los últimos meses. «Salgo mal vestido, sin cuartos, sin proyectos realizables —escribió a su amigo Hidalgo—, y con una sensación de desaliento». Cargado con un petate donde llevaba, apenas, ropa y unos pocos libros, regresó a Santander donde llegó pocos días antes de morir su padre.

*José Hierro, posando con otros reclusos, en traje de deporte, en el patio de la cárcel.*



# Trébol

Puesto ya el pie en el estribo  
con las ansias de la muerte  
mi despedida te escribo...

Cuando a vosotros vine de Castilla,  
el aire era un dulzor de mieles de higos.  
A Castilla me vuelvo, mis amigos,  
donde la tierra es seca y amarilla.

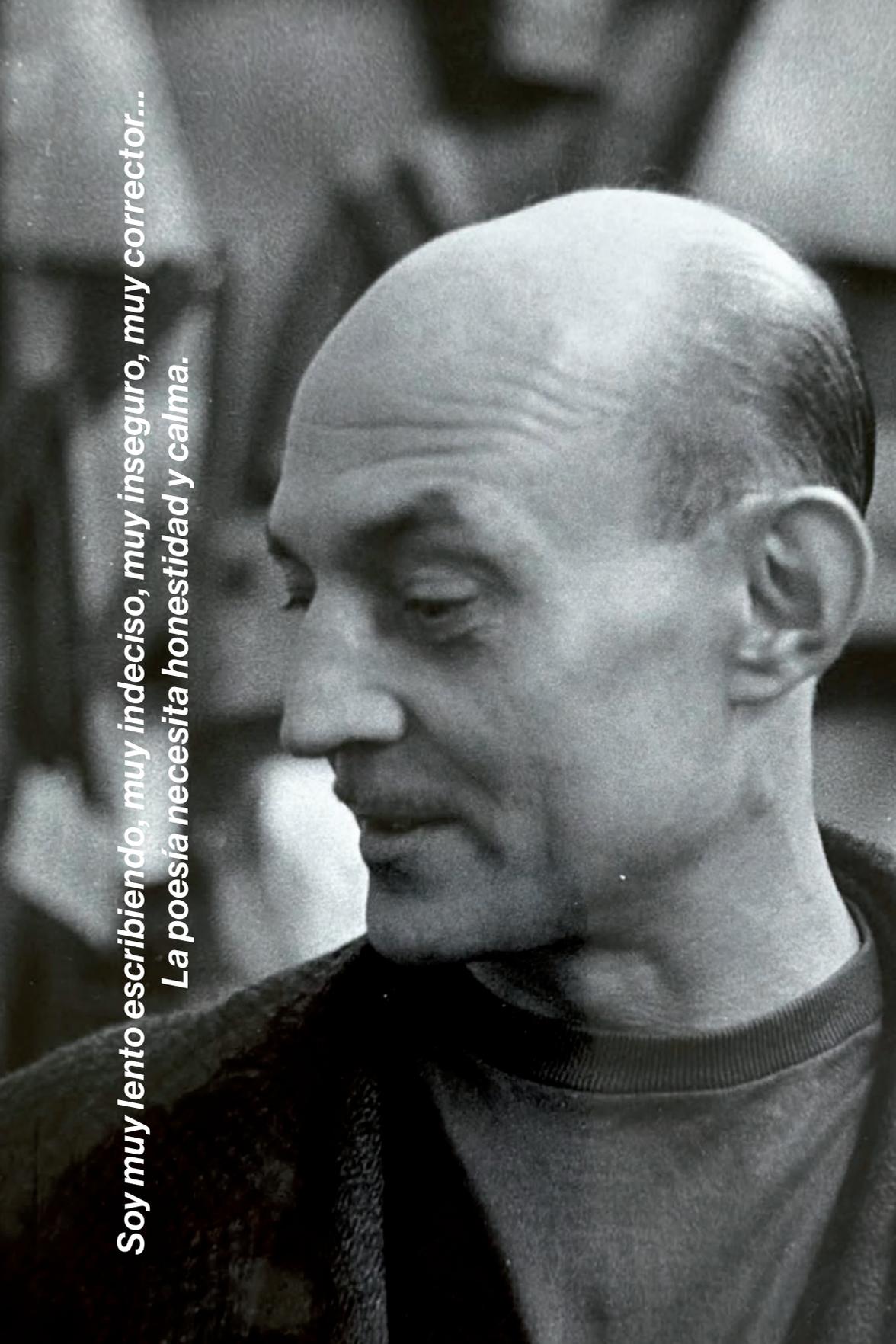
Ya perdí tu diaria maravilla,  
Norte de amor. Se cierran tus postigos  
y vuelvo a mis azules enemigos,  
cielo en que germina mi semilla.

Hierro la noche y ya no sé si vivo.  
Pongo mi pie de sombra en el estribo.  
Golpea el viento al mar, como un ariete.

Y voy con un fantasma en mi costado:  
mi trébol de ilusión, encadenado  
desde mil novecientos treinta y siete.

(De *Tierra sin nosotros*, 1947)

**Soy muy lento escribiendo, muy indeciso, muy inseguro, muy corrector...  
La poesía necesita honestidad y calma.**



## Un acordeón en Valencia

En Santander, tras ser liberado, Hierro vive el enrarecido ambiente de la posguerra. Es un exconvicto y se encuentra en libertad vigilada, bajo sospecha, mirado con prevención cuando no hostilidad por los vencedores, y con la prohibición expresa de tener pasaporte y de viajar fuera del territorio nacional.

Su amigo José Luis Hidalgo le escribió desde Valencia, donde estaba estudiando Bellas Artes, diciéndole que había encontrado un trabajo para él. No era verdad, sino que trataba de alejarle de aquel ambiente políticamente hostil santanderino. Hierro decidió trasladarse a Valencia en 1944 para probar suerte. Viajó con un mínimo equipaje y una concertina; en la cárcel había aprendido solfeo con un compañero de celda, y la música sería decisiva en su vida y en su producción poética. De hecho, hablaba de letra y música cuando se refería a su poesía, y afirmaba que la música, siempre, era anterior a la letra.

En Valencia se instaló en la pensión de doña Esperanza, en la calle San Salvador, la misma en la que se hospedaba Hidalgo, y donde conoció a Jorge Campos, a Luis García Berlanga, que acababa de regresar de la División Azul, y a Ricardo Zamorano, el pintor, que años después se casaría con su hermana Isabel. Hierro comenzó a trabajar en lo que iba saliendo: fue palero, repartidor de leña a domicilio, comisionista para la venta de libros y redactor de biografías para una enciclopedia que le pagaba de forma irregular a razón de una peseta el folio —trescientos al mes escritos a máquina con dos dedos (eran todas sus habilidades mecanográficas)—, y un bocadillo diario de tortilla. Había empezado a escribir su primer libro,

*Jesús Alonso: Retrato de José Hierro, 1944.  
Óleo s/lienzo, 100 x 70 cm.  
Colección José María Lafuente, Santander.*



*Tierra sin nosotros*, y en la playa de Pinedo, tumbado al sol, leía a sus amigos sus poemas, que alternaba con la antología de Gerardo Diego, y versos en francés de alguno de sus autores predilectos —Baudelaire, Mallarmé, Valéry—, que traducía para sus amigos.

También, con ellos, iba algunas tardes a una casa de citas donde, con el acordeón, organizaban bailes con las chicas: Carolina, Jacinta y Azucena, mientras *madame* Leontine, la propietaria, solicitaba compostura, no fuera a ser que el jolgorio acabara atrayendo a la policía.

En 1946 regresó a Santander, donde entró a trabajar como listero en la empresa Monova, encargada de las obras de la fábrica Sniace en Torrelavega. Después trabajaría, hasta 1951,



*Hierro y Julio Maruri en Puerto Chico.*

como moldeador en un taller de fundición en Maliaño en el que Aleixandre, a quien comenzó a visitar en su casa de la calle Velintonia a mediados de los años cuarenta, le imaginaba haciendo saltar chispas en un yunque, forjando el metal al rojo vivo como uno de aquellos dioses de la mitología. En Santander había entrado ya en contacto con el grupo Proel, y no era extraño verle por los muelles paseando junto a Julio Maruri: Hierro despechugado, y Maruri vistiendo casi siempre una chaqueta azul que le quedaba grande.

En la editorial Proel publicaría, en 1947, su primer libro: *Tierra sin nosotros*, y unos meses más tarde, un jurado compuesto por Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Luis Cano, Gerardo Diego y Enrique Azcoaga, otorgó el Premio Adonais de ese año a su libro *Alegría*, su segundo poemario. De poeta prácticamente inédito había pasado a tener dos libros publicados, y era premio Adonais.

En febrero de 1947 Hierro recibió también la peor de las noticias: su amigo José Luis Hidalgo había fallecido. Enfermo de una grave afección respiratoria pasó los últimos meses de su vida ingresado en el sanatorio de Chamartín de la Rosa, en Madrid, donde Hierro le visitó a menudo y donde le ayudó a ordenar los poemas que, a pesar de los esfuerzos de sus amigos por editarlos antes de su fallecimiento, se publicaron póstumamente con el significativo título *Los muertos*.



# Desafío en Valencia

¡A mí vais a decirme  
a qué suenan las escolleras  
pulsadas por las olas;  
qué es lo que canta el cielo  
tras su concertación de transparencias;  
qué aromas llevan las embarcaciones  
a donde no florece el limonero!  
¡A mí vais a decírmelo!

¡A mí vais a decirme  
que no es la luz que emana de los cuerpos  
el origen del mediodía!  
Y aquellos nombres —Carolina,  
Azucena, Jacinta—,  
¡a mí vais a decirme  
si fueron nombres de mujeres, barcas  
flores! ¡Como si yo no lo supiera,  
como si hubiese yo olvidado  
qué, quiénes fueron esas sombras  
que daban vida a estos espacios mágicos!

¡A mí vais a decírmelo!

(De *Agenda*, 1991)

## Dibujar servilletas

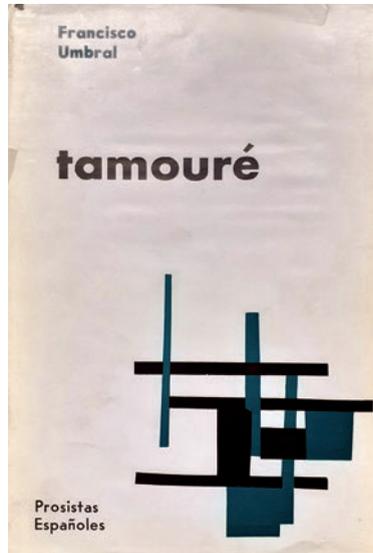
Hierro tuvo, desde muy joven, una temprana vocación artística; fue amigo de pintores —Zamorano, Maruri, Cossío, el propio Hidalgo—; estuvo vinculado, en Santander, con la Escuela de Altamira; ejerció la crítica de arte en el diario *Alerta* donde en septiembre de 1948 publicó su primera reseña dedicada al pintor Modesto Ciruelos; escribió infinidad de textos para catálogos, así como monografías de autores plásticos: Farreras, Grau Santos, Redondela... y él mismo dibujaba. La primera acuarela suya que se conserva está fechada en los primeros años cuarenta, y muestra unas dotes para el dibujo que mantendría a lo largo de toda su vida. Y era frecuente verle dibujar en las dedicatorias: «La única forma de vender libros de poesía es pintándolos», solía decir.

Dibujaba flores, marinas, árboles y retratos —con frecuencia también autorretratos— y en las comidas o cenas con amigos, se ensimismaba pintando en las servilletas y en los manteles de papel que, generoso, regalaba después a sus contertulios.

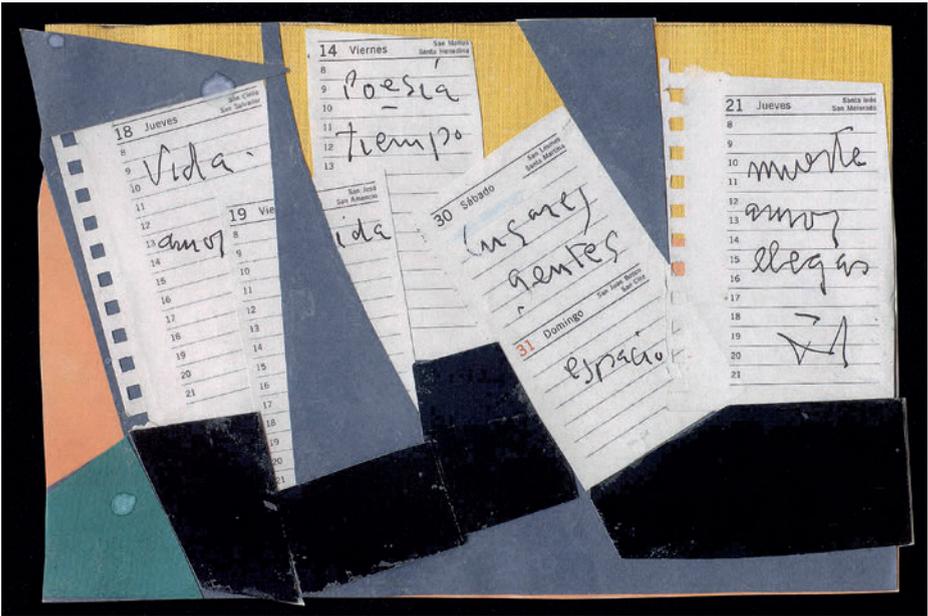
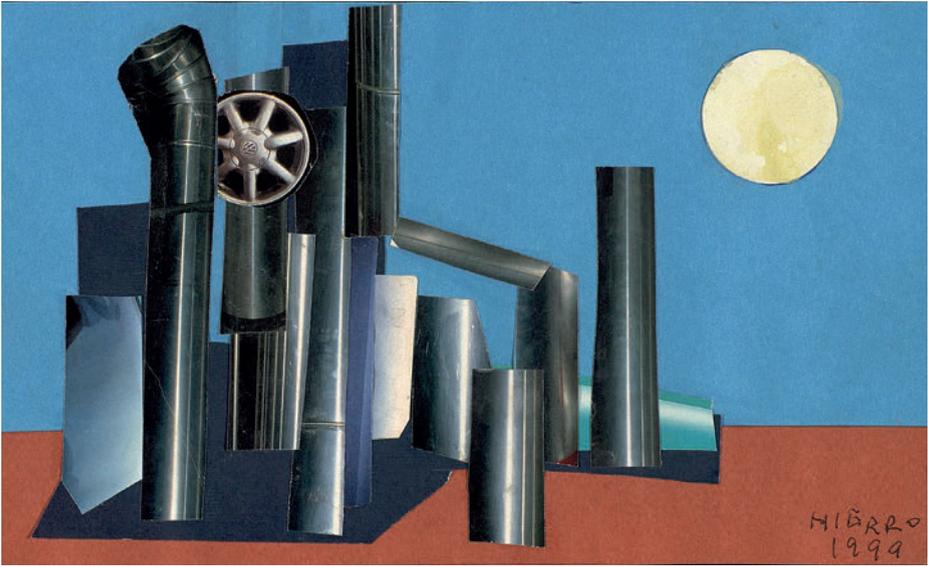
Eran dibujos de trazo rápido, nervioso, de pincel o bolígrafo, a veces coloreados con acuarela, *gouache* o rotuladores o, lo que era más frecuente, sombreados con lo que tenía a mano: café, vino, orujo o agua.

En los años sesenta, cuando trabajaba en la Editora Nacional, donde comenzó primero como oficinista, y donde después fue corrector, maquetador y diseñador de cubiertas, hizo, entre otras, con cartulinas recortadas, la del primer libro de Umbral, *Tamouré*, publicado en 1965, y la de su *Libro de las alucinaciones*, de 1964.

También años más tarde, algunos de sus dibujos y *collages* se utilizaron para ilustrar las cubiertas de ediciones de sus propios libros.



*Arriba, José Hierro dibujando. Abajo, cubiertas de las primeras ediciones de Tamouré y de Libro de las alucinaciones, originales de José Hierro.*



Collages originales de José Hierro usados para las cubiertas de Sonetos y Agenda.